

UN MUNDO GOBERNADO POR ENFERMOS  
ROOSEVELT, CHURCHILL, FRANCO, KENNEDY, DE GAULLE, TITO  
**ARMANDO PUENTE**  
LAS ENFERMEDADES DE LOS JEFEs DE ESTADO

# DESDE MADRID

Ellos, los gobernantes que concentran en sus manos un poder como jamás tuvo el hombre en el mundo, -el poder nuclear- son siempre fuertes, inteligentes, astutos, sabios y reparten omnipotentes bienes o castigos. Odiados o amados, según la perspectiva ideológica con que se les mira, en cualquier caso se piensa que son superhombres.

No somos capaces de imaginar sus desfallecimientos, su torpeza, su falta de memoria o las grandes lagunas que tienen de ciertos temas y que los hacen moverse a ciegas, por intuiciones. Pero sobre todo pensamos nunca que pueden estar vencidos por la vejez y las enfermedades, como cualquier otro hombre. Con la terrible diferencia de que esas mentes que se apagan está el poder desencadenar una catástrofe atómica que podría arrasarse la humanidad. Este es un grito de alarma para que reflexionemos sobre qué frágiles seres -los estadistas de las grandes potencias- depende nuestro destino.

El avión del presidente de los Estados Unidos se detuvo en la pista helada de Saki, en Crimea, al mediodía del 3 de febrero de 1945. Sobre el aeropuerto volaban todavía una veintena de aviones que transportaban a 400 diplomáticos, militares y expertos norteamericanos que acudían a Yalta, donde tres hombres, Roosevelt, Stalin y Churchill, iban a decidir el destino del mundo.

Se abrió la puerta del avión y un "marine" descendió llevando en brazos al presidente de la nación más poderosa de la tierra, a Franklin Delano Roosevelt, y lo depositó cuidadosamente en un asiento especialmente fabricado para él en un "joeep".

Después de pasar revista, el vehículo se dirigió al Palacio Livadavia, un edificio rococó donde los antiguos zares acostumbraban pasar el verano junto a las templadas aguas del mar Negro. José Stalin, el anfitrión, lo había previsto todo para aquella reunión histórica; 16 toneladas de caviar y 3.000 cajas de vodka y coñac del Cáucaso, deleitarían la mesa de los "tres grandes". Tapices cuadrados y muebles del antiguo

imperio, habían sido sacados de los museos y atravesado el país en ruinas, todavía humeantes, tras la retirada de las tropas alemanas, para decorar los palacios que se les habían reservado.

Pero Stalin se había ocupado de algo más que de la buena mesa y la suntuosa decoración, Churchill fué instalado en un palacio situado a 5 kilómetros de Livadavia, para dificultar sus entrevistas directas con el presidente norteamericano. Entre ambos, el secretario general del partido comunista soviético se alojó en una tercera residencia.

Al día siguiente empezó la conferencia en la que se iba a decidir el destino de 3.000 millones de hombres, la suerte de las naciones de la tierra para la segunda mitad, del siglo XX, por lo menos. Como todas tuvo lugar en la planta baja del palacio Livadavia, a fin de no fatigar a Roosevelt. Las habitaciones privadas de éste se instalaron igualmente en la planta baja, mientras que las de su consejero, Harry Hopkins, la eminencia gris del presidente de los Estados Unidos, debía ubicarse en el primer piso. Pero Hopkins estaba también herido de muerte, por un cáncer, y su debilidad era tan extrema que debía ser bajado en angarillas al salón de deliberaciones.

La primera reunión duró 2 horas y media. Durante la primera hora Roosevelt siguió el diálogo y tuvo brillantes intervenciones, pero después pareció aislarse, indiferente a lo que estaba en juego. Empezaba a cumplirse lo que Stalin había previsto, al observar las reacciones de Roosevelt en la conferencia de Teherán, celebrada dos años antes, en noviembre de 1943.

El presidente de los Estados Unidos, un enfermo poliomielítico desde los 39 años de edad, que desde entonces había tenido que vivir encorsetado y pasar casi todo el tiempo en una silla de ruedas, era en Yalta, a los 63 años de edad y 13 al frente de los destinos de la primera potencia mundial, un hombre acabado. Desde unos años antes una rara dolencia, la enfermedad de Alzheimer, había

iniciado su decadencia. Sus efectos eran una casi permanente somnolencia al tiempo que insomnio, pérdida de memoria, dificultades de coordinar los pensamientos e irritabilidad cuando debía concentrarse. Aquella noche Roosevelt ofreció una cena a sus dos padres. El licor corrió en abundancia, como es costumbre en el pueblo ruso. Hubo en el curso de ella 12 brindis -y otras tantas copas de vodka-. En uno de ellos Churchill levantó la copa "por una paz de 100 años", en otro Roosevelt, lo hizo "por el respeto al derecho de las pequeñas naciones". Al despedirse de sus huéspedes, el presidente norteamericano se acostó e insomne, como de costumbre, se dedicó a su pasión favorita, que iba en aumento en los últimos años: la lectura de novelas policíacas. Mientras tanto aquella noche las tropas del general Mac Arthur reconquistaban Manila y los soldados alemanes, -muchachos de 16 y 17 años-, libraban las últimas batallas, ya en territorio del Reich, sobre el Rhin al Oeste y sobre el Oder al Este, frente a los soviéticos.

Durante los días que siguieron las reuniones tuvieron las mismas características. Al cabo de una hora la capacidad de concentración de Roosevelt cedía. Era el momento de Stalin. Así se decidieron la división de Alemania, el desmantelamiento de toda su industria y el traslado de ellas y de sus técnicos a las naciones vencedoras, el juicio en Nuremberg de los jefes nazis, para "imponer un castigo ejemplar a fin de que nunca más hubiera guerras".

Mientras Stalin conseguía uno tras otro los objetivos concretos que se había fijado y en tanto que Churchill comprendía, con amargura, que la Gran Bretaña pasaba a ser una potencia de segundo orden, el enfermo Roosevelt soñaba. Su propósito era pasar a la historia como el artífice de la paz -esa paz por cien años por la que brindaban- y para ello patrocinaba la creación de una Organización de Naciones Unidas, que sería regida por la Unión Soviética y los Estados Unidos, las dos grandes po-

tencias del futuro. Stalin se resistía a aceptar esa ONU porque temía que pudiera convertirse en una caja de resonancia mundial en la que las decisiones estuvieran finalmente en manos de las pequeñas naciones, por el voto mayoritario de éstas.

Roosevelt estaba fascinado por Stalin. "Si yo le doy todo sin pedirle nada, él aceptará trabajar conmigo por un mundo en el que reinen la paz y la democracia", decía a sus colaboradores. Poco antes de partir para la conferencia de Yalta había dicho al cardenal Spellman: "Me entiendo mejor con Stalin, que es un pragmático como yo, que con Churchill, que es un idealista. Estoy seguro de que llegaremos a un acuerdo para el reparto del mundo. Ya verá Su Eminencia que será muy simple: el Extremo Oriente para Tchiang Kai Chek; Europa para la Unión Soviética; África para los británicos. Para nosotros, el Pacífico y por supuesto el Hemisferio Occidental, como hasta ahora".

No fué así difícil que en la tercera de las reuniones Roosevelt cediera a Stalin sin vacilar los países bálticos (Estonia, Letonia y Lituania), territorios de Rumania, Checoslovaquia y Finlandia y casi la mitad de Polonia. Aquella reunión hubo de interrumpirse cuando la tensión arterial del presidente de los Estados Unidos subió a 330/170.

Al día siguiente Stalin, que había ya conseguido varias bazas decisivas, pareció ceder y aceptó la creación de la Organización de Naciones Unidas. La reunión se prolongó cinco horas, Roosevelt, agotado, permaneció casi todo el tiempo adormecido.

En la última de las reuniones de trabajo Stalin se mostró de nuevo condescendiente: aceptó declarar la guerra al Japón, lo que constituía una de las exigencias de Roosevelt -que ignoraba que el imperio japonés estaba ya derrotado de hecho- que sólo pensaba en ahorrar vidas de soldados norteamericanos. A cambio obtuvo nuevas concesiones, esta vez en Asia ya que la ONU sería manejada y controlada por un consejo de Seguridad en el que los "gran-

des" tendrían derecho al voto. El control del mundo del futuro quedaba así garantizado.

Aquella noche Stalin ofreció una cena digna de la emperatriz Catalina. Era el momento de celebrar el éxito de la conferencia, la paz y la democracia estaban ya aseguradas.

Así, hubo 45 brindis, con vodka, coñac y champagne. A la una de la madrugada Roosevelt, era llevado en brazos a su cama, en el Palacio Livadavia. Pasó todo un día descansando, leyendo novelas policiales y hojeando su colección de estampillas. Al día siguiente dio un paseo en "jeep" por los jardines del Palacio y acudió al almuerzo de despedida, que duró tres horas y en el que, de nuevo, se repitieron los brindis. A los postres, los "tres grandes" se repartieron condecoraciones, firmaron la declaración de Yalta y se sometieron a los flashes de los fotógrafos para inmortalizar el momento. El destino del mundo, de 3.000 millones de hombres, había quedado decidido.

Dos meses más tarde, el 12 de abril de 1945, moría Roosevelt en Georgia. El 8 de julio la URSS declaraba la guerra al Japón. El 6 de agosto la primera bomba atómica destruyó Hiroshima. El 14 de agosto capitulaba el Japón. La guerra mundial había terminado.

La salud del general Dwight David Eisenhower, jefe supremo de las fuerzas aliadas en aquella guerra, elegido presidente de los Estados Unidos en 1953 y reelegido en 1956, tuvo también en vilo las cancelerías y las alteraciones y recaídas de su debilitado corazón colocaron más de una vez al borde del infarto a los financieros de Wall Street.

Por eso, cuando Jhon Kennedy subió a la presidencia todo el mundo respiró tranquilo. Era joven, brillante, culto, inteligente, y había sido educado para llegar a la Casa Blanca. Era incluso un héroe, que había resultado herido en la guerra del Pacífico, cuando la lancha rápida PT-109, que comandaba, fue hundida por los japoneses. De aquello se decía: le había quedado una lesión en la columna vertebral que le resultaba dolorosa, pero que precisamente lo hacía más atractivo, porque gracias a su tenacidad sabía vencer el dolor. Era lo que explicaba el extraordinario equipo de relaciones públicas del que se había rodeado.

Pero había otros hechos que ocultaban los hombres del Presidente; que a los 19 años, jugando al rugby y en el equipo de la Universidad de Harvard, se le había fracturado un disco de la columna vertebral. Que precisamente por eso había sido rechazado inicialmente cuando quiso ingre-

sar voluntario en la Marina. Que su valiente comportamiento al ser hundida la PT 109 había resentido aquella vieja lesión por lo que tuvo que permanecer siete meses hospitalizado y cuando salió lo hizo con muletas. Que cuando inició su carrera política, como candidato a senador, todavía andaba con muletas, que se ocultaban cuidadosamente en el piso del auto, para que no las vieron los electores. Que tenía que tomar todos los días un baño caliente de una hora y hubo de pasar acostado la mayor parte del tiempo durante dos años. Que fue operado en 1954 para ponerle un disco artificial en la columna, afin de terminar con la lesión, pero que no dio resultado la operación, y estuvo gravísimo, hasta el punto de que se le administraron los últimos sacramentos. Que hubo de volver poco después otra vez al hospital, donde de nuevo estuvo al borde de la muerte.

Aquella lesión de la columna vertebral le había producido una insuficiencia de las glándulas suprarrenales. Por suerte en 1950 se descubrió la cortisona y desde entonces su vida dependió de ella. Pero las dosis crecientes que tenía que serle administradas le producían calambres, una fatiga constante, tensión baja, y hasta alucinaciones, por lo que se llama a esta hormona industrializada "el opio de los ricos". Eran los mismos efectos que años después tendría que sufrir el presidente francés George Pompidou.

La insuficiencia de las glándulas suprarrenales le produjo finalmente la enfermedad de Addison, (por llevar el nombre del Dr. Thomas Addison, inglés, que la describió a mediados del siglo pasado). Esa enfermedad produce el color bronceado que tenía Kennedy y que muchos creían se debía a horas pasadas al aire libre, en contacto con la naturaleza. Pero otros son también sus efectos: depresión, irritabilidad, apatía, alteraciones del sueño y de la memoria. Contra todo ello tuvo que luchar John Kennedy; a pesar de eso consiguió victorias políticas tan decisivas y con tantas consecuencias para el mundo entero, como pararle los pies a Kruschchev, en la crisis de los cohetes que estuvo a punto de desencadenar la III Guerra Mundial. Pero fue también quizás la causa, en parte, de algunos de sus fracasos, como la invasión de Playa Girón, en Cuba, o la extensión de la guerra del Vietnam.

Evidentemente Kennedy demostró ser un "superhombre" al dominar los dolores y trastornos originados por la vieja lesión en la columna vertebral. Como otros genios políticos, venció al dolor. Para quienes, como él, están po-

seídos por la ambición del poder, -una droga que ignora el común de los mortales-, el cuerpo es una carga liviana, casi insensible y el sexo una simple necesidad fisiológica, como el comer. Por eso son casi inmunes al sueño, a la fatiga y a los efectos de las enfermedades. Casi. Hasta un cierto punto.

El problema está en que esas enfermedades que los minan y que terminan por destruirlos -cuando no se cruzan en su camino una bala, como a Kennedy en Dallas- deben ser ocultadas como secreto de Estado. El presidente de los Estados Unidos había prohibido que se hablara de sus operaciones en la columna, de sus prolongadas estancias en los hospitales. Debía ser fuerte, lleno de vida. Era la imagen que tenía que crear el pueblo y la única que en efecto tuvo durante su vida.

Por eso también las enfermedades de los jefes de Estado se ocultan como simples bronquitis o "fatiga de trabajo", como se dijo el año pasado cuando el secretario general del partido comunista de la URSS Leonidas Breznev desapareció durante varias semanas. Desde entonces sus reparaciones en público y sus eclipses son registrados cuidadosamente por los diplomáticos. El secreto que rodea a muchos aspectos de su vida hace casi imposible confirmar que el hombre fuerte de la U. R. S. S. padece de cáncer a la garganta, aunque después de ser sometido a tratamiento en dos prolongados períodos el año pasado, el mal se encontraría estabilizado, lo que es posible en un hombre que ha cumplido en diciembre los 70 años. Que hoy Breznev se encuentra fuerte físicamente parecería demostrarlo el hecho de que proyecta hacer dos viajes, uno a los Estados Unidos y otro a la República Federal Alemana, con lo que eso entraña por los inevitables almuerzos y comidas, recepciones y traslados de uno a otro lugar. De realizarse alguno de esos viajes -y no sea suspendido por enfermedades "diplomáticas" o reales- será posible tener una idea más exacta del estado de salud de uno de los hombres de quienes depende el mundo.

Claro que la tenacidad de estos hombres, su ambición, los hace casi insensibles al dolor. El general De Gaulle -enfermo de diabetes, de arterioesclerosis y de hipertensión- hizo un viaje a México con una sonda, que le había sido aplicada al negarse a que, en aquel momento, se le operara el tumor de próstata. Después se sometió a la operación inmediatamente volvió a cruzar el Atlántico, para visitar los países sudamericanos en una impresionante maratón políti-

ca cuyo objetivo era que Francia contrabalancara el poder político de los Estados Unidos en ese continente. De Gaulle, que tenía entonces más de 70 años, había sido operado de cataratas y debía llevar lentes de gruesos cristales, pero se negaba a ello porque deseaba que el público recordara siempre su imagen de los años 40, cuando fue el héroe de la Resistencia. Y así pasó De Gaulle por las calles de Bogotá, de Buenos Aires o de Río, sin ver sino sombras, como sombras eran siempre sus interlocutores. Viajero infatigable es el mariscal Tito, a sus 84 años. Pero debe hacerlo siempre acompañado de una verdadera clínica volante y rodante. Tito, que se tiñe el pelo para conservar el color renegrido que tenía en sus tiempos de guerrillero, que marcha erguido y que -según dicen sus enemigos- se ha hecho la cirugía estética para tener un cutis terso, no tiene en la actualidad sino tres o a lo sumo cuatro horas de lucidez al día. Pero continúa al frente de los destinos de Yugoslavia, desde hace 32 años, porque él es el símbolo de la unidad de la federación de naciones que a su muerte podrían entrar en un proceso de desintegración (Serbia, Croacia, Montenegro, Eslovenia). Yugoslavia después de Tito, es decir en un plazo muy cercano, será inevitablemente un foco conflictivo mundial, donde habrán de rozarse la Unión Soviética -que fue desplazada de allí en 1948- y los Estados Unidos.

Otra zona estratégica del Mediterráneo, Túnez, puede convertirse en un polvorín dentro de unos meses, cuando desaparezca Habib Burguiba, el líder que allí gobierna desde hace 20 años.

"Regresó sin boleto de vuelta para Suiza", dijo el presidente de la República en el aeropuerto de Túnez el mes pasado. Burguiba quería indicar que su último y largo período de reposo y cuidados médicos en Suiza podría ser el último.

Después de pasar tres meses en una clínica de Ginebra, donde había sido tratado de "surmenage", según se dijo oficialmente, el Combatiente Supremo y Creador del Estado parecían no estar totalmente recuperado cuando volvió a su patria. A los 73 años los diplomáticos han llegado a la conclusión de que es incapaz de volver a tomar efectivamente las riendas del poder. Su enfermedad es por supuesto un secreto de Estado, aunque se supone que hace ya tiempo habría sufrido dos infartos, seguidos de una congestión cerebral que le produjo una parálisis facial. La última de las prolongadas visitas a Suiza habría tenido por objeto operarle la mandíbula,



para normalizar la expresión, de su rostro, pero con eso no se eliminaba la causa del mal irremediable, un avanzado estado de arterioesclerosis.

"Los médicos me prescriben descanso; cuento con mis hijos, los jóvenes, para ahorrarme la fatiga y para continuar la obra que yo edificué", dijo en el aeropuerto a los dirigentes del Neo Destur (partido único) que habían acudido a recibirle. Entre ellos se encontraba Hedi Nuira, el primer ministro que es quien desde hace tiempo ejerce realmente el poder ejecutivo.

Como en el caso de Tito en Yugoslavia, como el de Franco en España, el régimen tunecino está marcado fuertemente por el comportamiento y autoridad absoluta de su fundador, Burguiba, y su desaparición crea expectativas que no se dan en sistemas más genuinos o convencionalmente democráticos.

La constitución impuesta por Burguiba señala que el primer ministro lo sucederá automáticamente cuando él muera. Así habrá de ser porque Burguiba es presidente vitalicio, lo que indica que Hedi Nuira es, de hecho, primer ministro vitalicio. Luego el futuro no lo decidirá probablemente la Constitución, sino los buques de la VI Flota de los Estados Unidos, que constituyen en las verdaderas fuerzas armadas de Túnez, el estado menos militarizado del mundo árabe.

Tito se extingue en un proceso de decrepitud, como antes ocurría con Franco y Mao Tse Tung.

Herido en la mano izquierda en un accidente de caza horas antes de la Navidad de 1961, Francisco Franco fue trasladado a un hospital militar donde, hubo que a su anestesiario para poderle extraer los trozos de metal de su fusil que se le habían quedado incrustados en las articulaciones. De aquel accidente los hombres que rodeaban al Caudillo sacaron varias enseñanzas; que durante la media hora que duró la anestesia España había estado sin gobierno porque, a pesar de llevar ya entonces 22 años en el poder, Franco no se había preocupado por crear un instrumento sucesorio; que el poder había pasado después de esa dramática media hora, a las manos del Ejército, cuando el general Muñoz Grandes se hizo cargo de la dirección de los asuntos más urgentes; que el estado y el material de los hospitales militares era pésimo. Por eso, cuando Franco enfermó gravemente en julio de 1974 no fue llevado a un hospital militar, sino a una clínica privada. Para entonces ya había forjado el procedimiento sucesorio y nombrado a quien debía heredarle, el príncipe don Juan Carlos de Borbón, por lo que no se resintió el meca-

nismo que garantizaba la continuidad política.

Habían pasado 13 años desde el accidente de caza. La herida en la mano tardó mucho tiempo en curarse, y aún después le quedó prácticamente inutilizada. Un temblor incontinente le obligaba a sujetarla con la mano derecha siempre que estaba en público. Era la enfermedad de Parkinson, que lo minaba. Pero si sus manos temblaban sin cesar su cara se iba momificando, se convertía en una máscara, en la que sólo los ojos daban señales de vitalidad. Cada vez se le hacía más difícil hablar, su voz se tornaba en un susurro y era incomprensible, porque no vocalizaba. El mismo mal que a miles de kilómetros de distancia, en Pekín, comenzaba a destrozar a Mao Tse Tung.

Franco ya no aparecía en público sino cuatro o cinco veces al año, caminaba como un autómata, derecho como si fuera sostenido por un férreo andamiaje, pero su equilibrio era inestable. Por eso siempre tenía a dos ayudantes, a derecha e izquierda, prontos a impedir una caída que hubiera sido fatal.

Pero el problema era sobre todo para los técnicos de televisión cuando sólo una vez al año, por Nochebuena, se dirigía al país para hacer el balance político. Hubo que construir potentes micrófonos para aumentar su débil voz e inventar un sistema por el que, bajo la cámara de televisión, en grandes letras, iban pasando las palabras del texto que debían leer, ya que era incapaz de improvisar o de retener en la memoria. Aún así los discursos, que no duraban más de veinte minutos, debían grabarse en dos días, en torturantes sesiones, interrumpidas a cada rato bien porque sus palabras resultaban incomprensibles o porque el anciano Caudillo se fatigaba.

El prolongado tratamiento químico para tratar de retrasar los avances del mal de Parkinson le produjo el 9 de Julio de 1974 una tromboflebitis y los anticoagulantes que se le administraron para eliminar el trombo le originaron imparable hemorragia gástrica que lo puso al borde de la muerte. Aquella noche, mientras el príncipe don Juan Carlos asumía el poder, el ministro de información redactó una hoja de recetas médicas el texto del fallecimiento del jefe del Estado español.

Pero Franco, que tenía la voluntad de poder de los grandes políticos, sobrevivió a aquel trance y el 2 de septiembre reasumió sus funciones.

Sin embargo cada vez ejercía menos aquel poder que en otros tiempos había sido omnímodo. Desde hacía años había ido delegando funciones: había nombrado jefe del gobierno al almirante Luis Carrero

Blanco, su fiel colaborador, su sombra, desde hacía 30 años; los consejos de ministros, que como siempre se celebraban cada quince días, los viernes, se reducían a sesiones de no más de dos horas, cuando antes habían llegado a durar hasta 16. Ya no era él quien nombraba a los ministros, cuando los recibía los confundía a veces con algunos que habían ocupado el cargo años antes, los escuchaba tras su máscara impresionantemente inmóvil y los despedía tras haber pronunciado no más de media docena de palabras en toda la conversación. Se iba desinteresando de todos los asuntos, incluso los familiares, salvo de la política exterior. Su amor a España era el mismo que sentía cuando siendo coronel fundó en África la Legión. Fue África, Marruecos, aquella tierra en donde cuando era joven resultó gravemente herido, la que lo mató.

Nunca con más precisión, con mayor exactitud ha podido determinarse la causa de la muerte de un gobernante. El día 15 de octubre de 1975 Franco, que se encontraba aquejado de una gripe contrainiciada tres días antes, en ocasión de unos actos celebrados el Día de la Raza, tuvo la primera crisis cardíaca. Los especialistas, que desde el año anterior lo cuidaban día y noche, le aconsejaron un reposo total. Pero estaba África. En la frontera del Sahara -la última colonia española en África- el rey de Marruecos había alineado a 300.000 hombres en primera línea campesinos desarmados, detrás el Ejército, con las tropas curtidas en el Golán, en lucha contra los soldados israelíes. Franco insistió en presidir a un consejo de ministros que iba a ser decisivo, que significaba la paz o la guerra con Marruecos, como en su juventud. Los médicos tuvieron que acceder, pero exigieron vigilarlo de cerca. Para ello colocaron en la salita vecina un electrocardiógrafo cuyos hilos se prolongaban hasta el cuerpo de Franco, sentado en un sillón, en la mesa donde siempre se celebraban las reuniones de gabinete. Cuando entraron sus ministros encontraron al anciano más pálido, más delgado, más inmóvil que nunca. Comenzó el consejo. A los 15 minutos pasó a informar el ministro de Asuntos Exteriores, Pedro Cortina; la invasión, "la marcha verde" como decían los marroquíes, era inevitable; Estados Unidos apoyaba las pretensiones del rey Hassan II. La Legión se encontraba en estado de alerta, mientras que el Polisario, -la organización guerrillera de los nacionalistas saharauis- hostigaba la retaguardia española. El electrocardiógrafo empezó a oscilar violentamente. El doctor Martínez Bordiú, marqués

de Villaverde, yerno de Franco, abrió la puerta y puso fin a la reunión.

Dos días más tarde, Franco se levantó y en su mismo dormitorio, en una mesa instalada junto al altar donde todos los días oraba largamente, empezó a escribir con la traqueotomía:

"Al llegar para mí la hora de rendir la vida ante el Altísimo y comparecer ante su inapelable juicio, pido a Dios que me acoja benigno a su presencia, pues quise vivir y morir como católico". Más adelante prosiguió: "Pido perdón a todos, como de todo corazón perdono a cuantos se declararon mis enemigos sin que yo los tuviera como tales. Creo en el deseo no "haber tenido" otros que aquellos que lo fueron para España, a la que amo hasta el último momento y a la que permito servir "hasta el último día de mi vida, que ya sea próxima".

Comenzan días más tarde una serie interminable de complicaciones originadas por las hemorragias que produjeron los anticoagulantes que debían suministrárseles para combatir la trombosis. El 3 de noviembre la situación se hizo crítica. El doctor Hidalgo Huerta lo cuenta:

"Regresé al Palacio del Pardo y me encontré con un panorama dramático. El Caudillo sangraba a bocanadas y se ahogaba por el paso de sangre a las vías respiratorias. El estado general de pulso, y temperatura hacían imposible operarlo".

Y sin embargo no había otra solución. Era la última esperanza. Pero el estado del enfermo era tal que no podía ser trasladado a un hospital.

El general Gavián, segundo jefe de la Casa Militar, dijo que en el cuartel del regimiento de la guardia de Franco había una especie de quirófano. Había exagerado. Se trataba simplemente de una salita donde antes se ponían inyecciones y se realizaban curas y que estaba, por desuso, dedicada al almacén.

Una imprudencia increíble. Conociendo desde hacía tanto tiempo el delicado estado de salud de Franco no se había previsto nada semejante a un sala de urgencia en el Palacio del Pardo.

De las mejores clínicas de Madrid se trajo el material necesario. Pero no había luz. Hubo que apagar todas las luces del palacio y a la luz de una bombilla, que los ayudantes acercaban con la mano al campo operatorio, iniciar la desesperada tarea. El bisturí eléctrico no funcionaba bien. Franco perdía sangre a chorros.

"En las dos horas y media que duró la operación se transfundieron casi 10 litros de sangre. Parece increíble", re-

a la moderna clínica de La Paz, de la Seguridad Social y lo sometía a una nueva operación de cuatro horas, para poner fin a otra hemorragia. En esta ocasión se le eliminó prácticamente el estómago. Una tercera operación se llevó a cabo siete días más tarde. Las suturas cedían, las hemorragias eran incontenibles, aparecían focos de congestión pulmonar, fallos renales agudos, nuevas tromboflebitis, peritonitis bacterianas. El cuerpo del viejo guerrero, del hombre férreo, se desintegraba, como diez meses más tarde el de Mao. A las 5 de la madrugada del 20 de noviembre de 1975 Franco moría en el primer piso de la clínica, sólo. El todopoderoso jefe de 35 millones de españoles no tenía a nadie a su lado, ni a su familia.

Aquella lenta desintegración humana, que duró años, había ido aflojando los resortes de un poder en otros tiempos monolítico y agravando problemas que nadie se atrevía a abordar y menos a resolver, esperando siempre una palabra, una opinión del que había sido jefe indiscutible. El regionalismo de Cataluña o del País Vasco, que tiene raíces de siglos, y que habían rebrotado en la segunda mitad de los años 60 podrían haber encontrado una solución política; el tratamiento meramente policíaco que se les dió no hizo sino agudizarlos. "El milagro" económico español había concluido al mismo tiempo que en toda Europa, con la crisis del petróleo, pero nadie se atrevía a confesarlo y el país seguía viviendo alegre y confiado, gastando sus reservas. Nadie se ocupaba de atender aspiraciones de las nuevas promociones de oficiales del Ejército, de la Policía o de la Guardia Civil; nadie buscaba soluciones políticas a la agitación universitaria. El Movimiento Nacional -partido único- los Sindicatos Verticales (que agrupaban a patronos y obreros) y las Cortes eran cuerpos sin vida, anquilosados, como el del Caudillo Franco, Generalísimo de los Ejércitos, jefe del Estado y jefe nacional del movimiento. La

parálisis política, progresiva traslación de la parálisis que en el cuerpo del anciano gobernante provocaba el mal de Parkinson, generaban nuevos y más agudos problemas que iban a estallar con violencia el día de su muerte.

Pero mientras, pasaban los años y el aparato de propaganda oficial repetía siempre que Franco gozaba de una salud excelente, que se ocupaba de todos los problemas de estado. Casi casi que era inmortal.

Como en China Mao Tse Tung.

El recuerdo del anciano líder chino, cruzando a nado el río Yang Tse Kiang estaba vivo cuando ya se encontraba atenuado por la enfermedad que habría de llevarlo a la muerte. Los primeros síntomas de la decrepitud aparecieron en el año 1965. Dos años más tarde el Comité Central del Partido Comunista, difundía un comunicado informando que en adelante Mao ya no recibiría a los huéspedes extranjeros a causa de su avanzada edad y para poder consagrarse totalmente al trabajo.

Para entonces el líder chino era ya un Buda de bronce. Inmóvil levantaba como un autómata la mano para llevarse el cigarrillo a la boca y la dejaba caer sobre el brazo del sillón donde se encontraba sentado. A su lado, permanentemente, tenía una enfermera que era la única capaz de traducir lo que salía de sus labios balbuceantes o leía lo que deseaba transmitirle con el parpadeo de sus ojos. Unas veces eran vulgares necesidades humanas: apetito, sed, sueño; otras órdenes siempre obedecidas. Así puso en marcha la revolución cultural, que como un huracán barría a muchos de sus adversarios; a Teng Hsiao Ping y su equipo de tecnócratas que se habían fijado como meta alcanzar al desarrollo industrial de los Estados Unidos para el año 2.000, a su esposa Chiang Ching y su grupo de extrema izquierda. En julio de 1967, un mes después de que quedara aislado para siempre del mundo en la Ciudad Prohibida de Pekín, Mao destituyó al

presidente de la República Popular, Liu Shao Chi y hacia estallar la bomba de hidrógeno, pasando a integrar el reducido club de las potencias nucleares. Dos años después, siguiendo su voluntad, el Congreso del Partido proclamaba a Lin Biao como su sucesor. Pero la lucha por el poder ya estaba abierta. Mientras Mao se apagaba en una miocarditis senil que le provocaba trastornos cerebrales, Lin Biao moría cerca de la frontera soviética en un extraño accidente de aviación, al tiempo que se le cubría de ignominia, acusado de traición.

De hecho, desde 1965 el poder de la tercera potencia mundial y el destino de ochocientos millones de chinos estaba en manos de Chu En Lai. Pero el primer ministro era un hombre enfermo de cáncer. Desde una cama del hospital central de Pekín, cuidado por el Dr. Woo, Chu En Lai dirigía la política interior y exterior de la nación más poblada del mundo. Pocas veces aparecía en público, pero su ca-

pacidad de trabajo, su resistencia a la fatiga, eran aún gigantescas.

Sin embargo desde junio de 1974 ya no pudo volver a salir del hospital. El cáncer de esófago había hecho terribles progresos, le impedía comer, y se había convertido en una sombra. Sometido a sesiones de radioterapia, Chu En Lai seguía trabajando. Allí, en su habitación recibía a las visitas, estudiaba los informes, daba las órdenes. En setiembre de 1975 tuvo que ser operado. Alimentado por una sonda gástrica, con un tubo para poder respirar, siguió tomando decisiones políticas hasta el mes de noviembre. El 7 de enero de 1976 moría a la edad de 78 años. Su maestro, su amigo y su líder, Mao, le sobrevivió nueve meses, hasta setiembre. Pero hacía ya tiempo que estaba ausente del mundo que había forjado con sangre y sacrificios, que era nada más que un Buda de bronce, mientras su mente había volado a reunirse con sus antepasados.



Panadería y Facturería

«D'AMICO»

- DE -

VICENTE D'AMICO

Muchas cosas o quizás todas, se hacen con amor. Pensando en la felicidad de los demás. También hacemos así nuestros productos. Todos. Aunque nos especializamos en PAN DULCE, SEMOLADAS, GRISINES, FACTURAS, POSTRES, TORTAS DE CASAMIENTO Y CUMPLEAÑOS. Estamos en 7 y 28, de 25 de Mayo. O si nó, reserve su pedido al abono telefónico 245



## Estación de Servicio 25 DE MAYO

de Victorio Guastello

PERFECTA ATENCION DE SU AUTOMOTOR  
LAVADO-ENGRASE-CAMBIO DE ACEITE -  
CARGA DE BATERIAS - FILTROS y  
LUBRICANTES

ATENCION PERMANENTE EN LA  
TRADICIONAL ESQUINA DE 9 Y 36.

25 DE MAYO - Bs. As. - ARGENTINA.

